ALFONSINA STORNI

LANGUIDEZ

VERSOS

A los que como yo,
nunca realizaron uno so-
lo de sus sueños.

ESTE *libro cierra una modalidad mía. Si la vida y las cosas me lo permiten, otra ha de ser mi poesía de mañana.*

Inicia este conjunto, en parte, el abandono de la poesía subjetiva, que no puede ser continuada cuando un alma ha dicho, respecto de ella, todo lo que tenía que decir, por lo menos en un sentido.

Tiempo y tranquilidad me han faltado, hasta hoy, para desprenderme de mis angustias y ver así lo que está a mi alrededor.

Pero, si continúo escribiendo, he de procurarme el tiempo y la tranquilidad que para ello me harán falta.

A. S.

MOTIVOS LÍRICOS E ÍNTIMOS

EL LEÓN

A Clemente Onelli.

ENTRE barrotes negros, la dorada melena
Paseas lentamente, y te tiendes por fin
Descansando los tristes ojos sobre la arena
Que brilla en los angostos senderos del jardín.

Bajo el sol de la tarde te has quedado sereno
Y ante tus ojos pasa, fresca y primaveral,
La niña de quince años con su esponjado seno:
¿Sueñas echarle garras, oh goloso animal?

Miro tus grandes uñas, inútiles y corvas;
Se abren tus fauces; veo el inútil molar,
E inútiles como ellos van tus miradas torvas
A morir en el hombre que te viene a mirar.

El hombre que te mira tiene las manos finas,
Tiene los ojos fijos y claros como tú.
Se sonríe al mirarte. Tiene las manos finas
León. los ojos tiene como los tienes tú.

Un día, suavemente, con sus corteses modos
Hizo el hombre la jaula para encerrarte allí,
Y ahora te contempla, apoyado de codos,
Sobre el hierro prudente que lo aparta de ti.

No cede. Bien lo sabes. Diez veces en un día
Tu cuerpo contra el hierro carcelario se fué:
Diez veces contra el hierro fué inútil tu porfía.
Tus ojos, muy lejanos, hoy dicen: para qué.

No obstante, cuando corta el silencio nocturno
El rugido salvaje de algún otro león,
Te crees en la selva, y el ojo, taciturno,
Se te vuelve en la sombra encendido carbón.

Entonces como otrora, se te afinan las uñas,
Y la garganta seca de una salvaje sed,
La piedra de tu celda vanamente rasguñas
Y tu zarpazo inútil retumba en la pared.

Los hijos que te nazcan, bestia caída y triste,
De la leona esclava que por hembra te dan,
Sufrirán en tu carne lo mismo que sufriste,
Pero garras y dientes más débiles tendrán.

¿Lo comprendes y ruges? ¿Cuándo escuálido un gato
Pasa junto a tu jaula huyendo de un mastín
Y a las ramas se trepa, se te salta al olfato
Que así puede tu prole ser de mísera y ruín?

Alguna vez te he visto durmiendo tu tristeza,
La melena dorada sobre la piedra gris,
Abandonado el cuerpo con la enorme pereza
Que las siestas de fuego tienen en tu país.

Y sobre tu salvaje melena enmarañada
Mi cuello delicado sintió la tentación
De abandonarse al tuyo, yo como tú, cansada,
De otra jaula más vasta que la tuya, león.

Como tú contra aquélla mil veces he saltado.
Mil veces, impotente, me volví a acurrucar.
¡Cárcel de los sentidos que las cosas me han dado!
Ah, yo del universo no me puedo escapar.

Y entre los hombres vivo. De distinta manera
Somos esclavos; hazme en tu cuello un rincón.
¿Qué podrías echarme? ¿Un zarpazo de fiera?
Ellos, de una palabra, rompen el corazón.

En el Zoo de Buenos Aires, 1920.

EL SILENCIO

¿Nunca habéis inquirido
Por qué, mundo tras mundo,
Por el cielo profundo
Van pasando sin ruido?

Ellos, los que traspiran
Las cosas absolutas,
Por sus azules rutas
Siempre callados giran.

Sólo el hombre, pequeño,
Cuyo humano latido
En la tierra, es un sueño,
¡Sólo el hombre hace ruido!

MI HERMANA

Son las diez de la noche; en el cuarto en penumbra
Mi hermana está dormida, las manos sobre el pecho;
Es muy blanca su cara y es muy blanco su lecho.
Como si comprendiera la luz casi no alumbra.

En el lecho se hunde a modo de los frutos
Rosados, en un hondo colchón de suave pasto.
Entra el aire a su pecho y levántalo casto
Con su ritmo midiendo los fugaces minutos.

La arropo dulcemente con las blancas cubiertas
Y protejo del aire sus dos manos divinas;
Caminando en puntillas cierro todas las puertas,
Entorno los postigos y corro las cortinas.

Hay mucho ruido afuera, ahoga tanto ruido.
Los hombres se querellan, murmuran las mujeres,
Suben palabras de odio, gritos de mercaderes:
Oh, voces, deteneos. No entréis hasta su nido.

Mi hermana está tejiendo como un hábil gusano
Su capullo de seda: su capullo es un sueño.
Ella con hilo de oro teje el copo sedeño:
Primavera es su vida. Yo ya soy el verano.

Cuenta sólo con quince octubres en los ojos,
Y por eso los ojos son tan limpios y claros;
Cree que las cigüeñas, desde países raros,
Bajan con rubios niños de piececitos rojos.

¿Quién quiere entrar ahora? Oh ¿eres tú, buen
[viento?
¿Quieres mirarla? Pasa. Pero antes, en mi frente
Entíbiate un instante; no vayas de repente
A enfriar el manso sueño que en la suya presiente

Como tú, bien quisieran entrar éllos y estarse
Mirando esa blancura, esas pulcras mejillas,
Esas finas ojeras, esas líneas sencillas.
Tú los verías, viento, llorar y arrodillarse.

Ah, si la amáis un día sed buenos, porque huye
De la luz si la hiere. Cuidad vuestra palabra,
Y la intención. Su alma, como cera se labra,
Pero como a la cera el roce la destruye.

Haced como esa estrella que de noche la mira
Filtrando el ojo de oro por cristalino velo:
Esa estrella le roza las pestañas y gira,
Para no despertarla, silenciosa en el cielo.

Volad si os es posible por su nevado huerto:
¡ Piedad para su alma! Ella es inmaculada.
¡ Piedad para su alma! Yo lo sé todo, es cierto,
Pero ella es como el cielo: ella no sabe nada.

EL OJO AZUL

ARIDA roca junto al mar, no habías
Tenido nunca un ser blando en tus vetas.
Sabías que existías por el golpe
Del mar, pero eras cosa muerta y ciega.

Un día te creció sobre la dura
Cabeza pétrea, un ojo azul: pequeña
Corola fué, que te vivió unas horas
Tímidamente, en una fértil grieta.

Aves, el cielo, el mar, así pudiste
Mirar un rato por la flor aquella:
Ojillo azul, que al apagarse, a poco,
Ya te dejó de nuevo ciega y muerta.

La flor, que era una cosa blanda y tenue,
Tuvo piedad de ti, golpeada piedra,
Y, ser muy dulce, te creció en el seno
A riesgo de morir, para que vieras!

LA PIEDAD DEL CIPRÉS

VIAJERO: este ciprés que se levanta
A un metro de tus pies y en cuya copa
Un pajarillo sus amores canta,
Tiene alma fina bajo dura ropa.

Él se eleva tan alto desde el suelo
Por darte una visión inmaculada,
Pues si busca su extremo tu mirada
Te tropiezas, humano, con el cielo.

LAS TRES ETAPAS

En la dorada tarde rumorosa
Que languidece en placidez de estío,
Estoy mirando este camino rosa
Como en el dulce verso de Darío.

Y así como en el verso del poeta,
Allá, donde el camino rosa arranca,
Veo avanzar una columna blanca
Envuelta en un vapor azul-violeta.

Parece solamente alguna nube
Bordada en fino polvo de zafiros,
Inmaterial columna de suspiros
Que de la tierra a las estrellas sube.

La dulce forma humana se deslíe
En el tul blanco, inmaterial, sedeño,
Y tan lejana y pura me sonríe
Que digo: esto es el sueño.

* * *

Al poco rato la columna pasa
Tan cerca que, sin ilusión alguna,
Puedo mirar las formas una a una
Bajo la trama débil de la gasa.

La nube se ha disuelto; ante mis ojos
Se rinden ya las formas imperfectas:
Blancos creí los pies, pero son rojos.
Gráciles formas vi, pero son rectas.

El tul se ha vuelto tosca muselina,
Las guirnaldas perdieron su frescura,
Así tan cerca en una forma dura
Aquella forma que creí divina.

Alma: ¿dónde está el oro aquel que viste?
Todo ha cambiado cuando estuvo enfrente;
Mis ojos tocan realidad tan triste
Que digo: es el presente.

* * *

Mas, ya de nuevo, bajo el huso de oro
Del sol, que hilando está la luz del día,
Al alejarse, lentas, por la vía
Las formas cobran su anterior decoro.

Es la misma ilusión: es ese mismo
Perderse de los cuerpos tras los tules
Y vuelven a brillar piedras azules,
Y el oro vuelve a darme su espejismo.

Y cuando aquel sendero se termina
Allá muy lejos, la columna blanca
Se ha convertido en esa nube fina
Que a poco vi donde el camino arranca.

Me embriago de dulzor como una abeja,
De nuevo en la visión blanca me pierdo.
Y tan inmaterial allá se aleja
Que digo: es el recuerdo.

DOMINGOS

En los domingos, cuando están las calles
del centro quietas,
alguna vez camino, y las oscuras,
cerradas puertas
de los negocios, son como sepulcros
sobre veredas.

Si yo golpeara en un domingo d'esos,
las frías puertas,
de agrisado metal, sonido hueco
me respondiera...

Se prolongara luego por las calles
grises y rectas.

¿Qué hacen en los estantes, acostadas,
las negras piezas
de géneros? Estantes, como nichos,
guardan las muertas
cosas, de los negocios adormidos
bajo sus puertas.

Una que otra persona por las calles
solas, se encuentra:
Un hombre, una mujer, manchan el aire
con su presencia,
y sus pasos se sienten uno a uno
en la vereda.

Detrás de las paredes las personas
¿mueren o sueñan?
Camino por las calles: se levantan
mudas barreras

a mis costados: dos paredes largas
y paralelas.

Vueltas y vueltas doy por esas calles;
por donde quiera,
me siguen las paredes silenciosas,
y detrás d'ellas
en vano saber quiero si los hombres
mueren o sueñan.

SIESTA

Sobre la tierra seca
El sol quemando cae:
Zumban los moscardones
Y las grietas se abren...
El viento no se mueve.
Desde la tierra sale
Un vaho como de horno;
Se abochorna la tarde
Y resopla cocida
Bajo el plomo del aire...
Ahogo, pesadez.
Cielo blanco: ni un ave.

Se oye un pequeño ruido:
Entre las pajas mueve
Su cuerpo amosaicado
Una larga serpiente.
Ondula con dulzura.
Por las piedras calientes
Se desliza, pesada,
Después de su banquete
De dulces y pequeños
Pájaros aflautados
Que le abultan el vientre.

Se enrosca poco a poco,
Muy pesada y muy blanda.
Poco a poco se duerme
Bajo la tarde blanca.
¿Hasta cuándo su sueño?
Ya no se escucha nada.

Larga siesta de víbora
Duerme también mi alma.

NADA

El día que te acerques
Vendrán mujeres muchas.
Vendrán morenas bellas
Y vendrán dulces rubias

A disputarte; y ellas,
Harán, con donosura,
Tu elogio, por lograrte,
Sin acertar ninguna.

Y yo no tendré miedo
De morenas ni rubias
Pues cerraré los ojos
Y te diré:—soy tuya.

LA CASA

(Sonata romántica)

Circundada por selvas, bajo el cielo
Siempre azulado, nuestra casa era
Algo como el plumón y el terciopelo:
Un tibio corazón de primavera.

Se hablaba quedo en nuestra casa;
Cierto que cobijaba tantas, tantas aves,
Que nos salían las palabras suaves
Como si las dijéramos a un muerto.

Pero nada era triste: la dulzura
Ponianos tan dócil armonía
Que hasta el débil respiro se sentía
En sus patios sombreados de verdura.

El mármol blanco de los corredores
Parecía dormir un sueño largo.
Las fuentes compartían su letargo.
Soñaban las estatuas con amores.

Cedían los sillones blandamente,
Como un pecho materno, y era fino
Muy fino el aire, así como divino,
Cuando filtraba el oro del poniente.

¡Cómo me acuerdo de la noche aquella
En que entré sostenida por tu brazo!
Moría casi bajo el doble abrazo
De tu mirada y de la noche bella.

¡Moría casi! Me llevaste tierno
Por largas escaleras silenciosas
Y ni tuve conciencia de las cosas:
Era un cuerpo cansado y sin gobierno.

No sé cómo llegamos a una estancia.
La penumbra interior, los pasos quedos,
Tus besos que morían en mis dedos
Me tornaron el alma una fragancia.

Abriste una ventana: allá, lejano,
Plateaba el río y el silencio era
Dulce y enorme, y era primavera,
Y se movía el río sobre el llano.

Caminaba hacia el mar con tal dulzura
Que parecía una palabra buena.
Iba a darse sin fin; la quieta arena
Mirábalo pasar con amargura.

Y mi alma también rodó en el río.
Se hundió con él en perfumadas frondas,
Siguiéndolo hasta el mar cayó en sus ondas.
Y suyo fué el divino poderío.

Se curvó blanda en el enorme vaso,
De allí se desprendió como un suspiro.
Ascendió por los buques y el retiro
De otras mujeres sorprendió de paso.

Subió hasta las ciudades de otro mundo;
Dormían todos, todo estaba blanco.
Luego vió cada mundo como un banco
De arena muerta en el azul profundo.

Y desde aquel azul que todo abisma
Miró en la tierra esta ventana abierta:
¿Quién era esa criatura medio muerta?
Y se bajó a mirar. ¡Y era yo misma!

Cuando volvió del viaje, envejecida
De tanto haber vagado unos instantes
La esperaban tus ojos suplicantes:
Se hundió por ellos y encontró la vida.

¡Ah, que la casa recogió mi ensueño:
Quedó flotando como tules suaves.
Todo fué entonces dúctil y sedeño
Y así vinieron luego tantas aves!

¿Recuerdas tú? La casa era un arrullo.
Un perfume infinito, un nido blando:
Nunca se dijo la palabra cuándo.
Se decía, muy quedo: mío y tuyo.

LA CARICIA PERDIDA

Se me va de los dedos la caricia sin causa,
Se me va de los dedos... En el viento, al pasar,
La caricia que vaga sin destino ni objeto,
La caricia perdida ¿quién la recogerá?

Pude amar esta noche con piedad infinita,
Pude amar al primero que acertara a llegar.
Nadie llega. Están solos los floridos senderos.
La caricia perdida, rodará... rodará...

Si en los ojos te besan esta noche, viajero,
Si estremece las ramas un dulce suspirar,
Si te oprime los dedos una mano pequeña
Que te toma y te deja, que te logra y se va.

Si no ves esa mano, ni la boca que besa,
Si es el aire quién teje la ilusión de besar,
Oh, viajero, que tienes como el cielo los ojos,
En el viento fundida ¿me reconocerás?

MONOTONÍA

¿Cómo decir este deseo de alma?
Un deseo divino me devora.
Pretendo hablar, pero se rompe y llora
Esto que llevo adentro y no se calma.

Pretendo hablar, pero se rompe y llora
Lo que muere al nacer dentro del alma.
¿Cómo decir el mal que me devora,
El mal que me devora y no se calma?

Y así pasan los días por el alma,
Y así en su daño obsesionada, llora:
¿Cómo decir el mal que me devora,
El mal que me devora y no se calma?

LA ESPINA

VAGABA yo sin destino
  Sin ver que duras retamas
Curioseaban con sus ramas
El placentero camino.

Brazo de mata esmeralda,
De largas puntas armado,
Clavó una espina en mi falda
y me retuvo a su lado.

Así tus ojos un día
En que vagaba al acaso
Como una espina bravía
Me detuvieron el paso.

Diferencias: de la hincada
Espina, pude librarme,
Mas de tu dura mirada
¿Cuándo podré libertarme?

LIMOSNA

AHORA quiero un alma, ser el que voy buscando,
Ahora quiero un alma para poder amar;
Échame sobre el alma gota a gota tu alma,
El cielo de tu alma, ya no pretendo más.

Quiero un alma, es un alma lo que busco en la vida,
Es un alma, es un alma; ¿por dónde vagará?
Y el alma es como un cielo: quiero un alma estrellada,
Con un alma estrellada me quiero iluminar.

Soy una pobre cosa; nadie más pobre cosa
Que yo, que busco un alma sin poderla encontrar;
La compro con la vida, al que la traiga pago
Con mi vida su alma. ¿Quién me la quiere dar?

EN UNA PRIMAVERA

¿Dónde estará el amigo que me dijo,
Acariciando su nevada barba:
—Pequeña de ojos claros, ten cuidado,
Tu corazón ampara.

—Las primaveras al marcharse dejan
Las lloviznas de otoño preparadas...
Pequeña vé despacio, mucho juicio.
No te quemen tus llamas.

Estaba yo a sus pies humildemente,
Humildemente y toda yo temblaba.
—Cómo cantan los pájaros le dije,
Cómo es de fresca el agua!

Sobre mi frente, espejo de tormentas,
Se detuvieron sus dos manos mansas;
Se inclinó sobre mí con un susurro:
—Pobrecita muchacha...

LANGUIDEZ

ESTÁ naciendo Octubre
Con sus mañanas claras.

He dejado mi alcoba
Envuelta en telas claras,
Anudado el cabello
Al descuido; mis plantas
Libres, desnudas, juegan.

Me he tendido en la hamaca,
Muy cerca de la puerta.

Un poco amodorrada.
El sol que está subiendo
Ha encontrado mis plantas
Y las tiñe de oro...

Perezosa mi alma
Ha sentido que, lento,
El sol subiendo estaba
Por mis pies y tobillos
Así, como buscándola.

Yo sonrío: este bueno
De sol, no ha de encontrarla,
Pues yo, que soy su dueña,
No se por dónde anda:
Cazadora, ella parte
Y trae, azul, la caza...

Un niño viene ahora,
La cabeza dorada...

Se ha sentado a mi lado
Sin pronunciar palabra;

Como yo el cielo mira,
Como yo, sin ver nada.
Me acaricia los dedos
De los pies, con la blanca
Mano; por los tobillos
Las yemas delicadas
De sus dedos desliza...
Por fin, sobre mis plantas
Ha puesto su mejilla,
Y en la fría pizarra
Del piso el cuerpo tiende
Con infinita gracia.

Cae el sol dulcemente,
Oigo voces lejanas,
Está el cielo muy lejos...

Yo sigo amodorrada
Con la rubia cabeza
Muerta sobre mis plantas.

Siento golpear la arteria
Que por su cuello pasa.

UN DÍA...

ANDAS por esos mundos como yo; no me digas
Que no existes, existes, nos hemos de encontrar;
No nos conoceremos, disfrazados y torpes
Por los mismos caminos echaremos a andar.

No nos conoceremos, distantes uno de otro
Sentirás mis suspiros y te oiré suspirar.
¿Dónde estará la boca, la boca que suspira?
Diremos, el camino volviendo a desandar.

Quizá nos encontremos frente a frente algún día,
Quizá nuestros disfraces nos logremos quitar.
Y ahora me pregunto... ¿Cuándo ocurra, si ocurre,
Sabré yo de suspiros, sabrás tú suspirar?

CARTA LIRICA A OTRA MUJER

VUESTRO nombre no sé, ni vuestro rostro
Conozco yo, y os imagino blanca,
Débil como los brotes iniciales,
Pequeña, dulce... Ya ni sé... Divina.
En vuestros ojos placidez de lago
Que se abandona al sol y dulcemente
Le absorbe su oro mientras todo calla.
Y vuestras manos, finas, como aqueste
Dolor, el mío, que se alarga, alarga,
Y luego se me muere y se concluye
Así, como lo véis, en algún verso.

Ah, ¿sois así? Decidme si en la boca
Tenéis un rumoroso colmenero,
Si las orejas vuestras son a modo
De pétalos de rosas ahuecados...

Decidme si lloráis, humildemente,
Mirando las estrellas tan lejanas,
Y si en las manos tibias se os aduermen
Palomas blancas y canarios de oro.

Porque todo eso y más, vos sois, sin duda;
Vos, que tenéis el hombre que adoraba
Entre las manos dulces, vos la bella
Que habéis matado, sin saberlo acaso,
Toda esperanza en mí... Vos, su criatura.

Porque él es todo vuestro: cuerpo y alma
Estáis gustando del amor secreto
Que guardé silencioso... Dios lo sabe
Por qué, que yo no alcanzo a penetrarlo.

Os lo confieso que una vez estuvo
Tan cerca de mi brazo, que a extenderlo
Acaso mía aquella dicha vuestra
Me fuera ahora... ¡sí! acaso mía...

Mas ved, estaba el alma tan gastada
Que el brazo mío no alcanzó a extenderse:
La sed divina, contenida entonces,

Me pulió el alma... Y él ha sido vuestro!
¿Comprendéis bien? Ahora, en vuestros brazos
El se adormece y le decís palabras
Pequeñas y menudas que semejan
Pétalos volanderos y muy blancos.

Acaso un niño rubio vendrá luego
A copiar en los ojos inocentes
Los ojos vuestros y los de él
Unidos en un espejo azul y cristalino...

¡Oh, ceñidle la frente! ¡Era tan amplia!
¡Arrancaban tan firmes los cabellos
A grandes ondas, que a tenerla cerca
No hiciera yo otra cosa que ceñirla!

Luego dejad que en vuestras manos vaguen
Los labios suyos; él me dijo un día
Que nada era tan dulce al alma suya
Como besar las femeninas manos...

Y acaso, alguna vez, yo, la que anduve
Vagando por afuera de la vida,
—Como aquellos filósofos mendigos
Que van a las ventanas señoriales
A mirar sin envidia toda fiesta—
Me allegue humildemente a vuestro lado
Y con palabras quedas, susurrantes,

Os pida vuestras manos un momento,
Para besarlas, yo, como él las besa...

Y al recubrirlas, lenta, lentamente,
Vaya pensando: aquí se aposentaron
¿Cuánto tiempo, sus labios, cuánto tiempo
En las divinas manos que son suyas?

Oh qué amargo deleite, este deleite
De buscar huellas suyas y seguirlas
Sobre las manos vuestras tan sedosas,
Tan finas, con sus venas tan azules!

Oh, que nada podría, ni ser suya,
Ni dominarle el alma, ni tenerlo
Rendido aquí a mis pies, recompensarme
Este horrible deleite de hacer mío
Un inefable, apasionado rastro.

Y allí en vos misma, sí, pues sois barrera,
Barrera ardiente, viva, que al tocarla
Ya me remueve este cansancio amargo,
Este silencio de alma en que me escudo,
Este dolor mortal en que me abismo,
Esta inmovilidad del sentimiento
Que sólo salta, bruscamente, cuando
Nada es posible!

HAN VENIDO...

Hoy han venido a verme
Mi madre y mis hermanas.

Hace ya tiempo que yo estaba sola
Con mis versos, mi orgullo... casi nada.

Mi hermana, la más grande, está crecida,
Es rubiecita; por sus ojos pasa
El primer sueño: He dicho a la pequeña:
—La vida es dulce. Todo mal acaba...

Mi madre ha sonreído como suelen
Aquellos que conocen bien las almas;
Ha puesto sus dos manos en mis hombros,
Me ha mirado muy fijo...
Y han saltado mis lágrimas.

Hemos comido juntas en la pieza
Más tibia de la casa.
Cielo primaveral... para mirarlo
Fueron abiertas todas las ventanas.

Y mientras conversábamos tranquilas
De tantas cosas viejas y olvidadas,
Mi hermana, la menor, ha interrumpido:
—Las golondrinas pasan...

ROSALES DE SUBURBIO

CLARO, como llegó la primavera,
sobre las pobres casas de ladrillos,
de latas y maderas,
de los suburbios, buen rosal que trepas,
te has cubierto de rosas.

Si tu fueras
como los hombres, oh rosal, sin duda
como ellos, prefirieras

para bien florecer las ricas casas,
las paredes lujosas; y desiertas
dejaras las paredes de los pobres.

Pero no eres así.
La dulce tierra
te basta en cualquier parte y te es lo mismo,
para tu suerte. Acaso, tú prefieras
las modestas casuchas donde luces
mejor, enredadera.
Unico adorno que no cuestas nada...
(El agua, buenas rosas, todavía
se baja de los cielos sin gabelas).

En las bellas mañanas, cuando miras
las ventanas abiertas,
tus brazos verdes y jugosos, buscan
el espacio sin vidrios, y penetran
al interior del cuarto: —¡Buenos días!
tus corolas intentan
decir con sus rosados labiezuelos
a la modesta pieza.

Luego, si muy risueño
            se te acerca
el niño sucio de azulados ojos
            y carnes prietas,
te haces el que no entiendes y no miras;
pero entiendes y miras, y le sueltas
con un gran disimulo,
            como quien no quisiera,
sobre sus rizos de oro, una corola
sabiamente deshecha.

El niño, entonces, de suburbio, luce
en la rubia cabeza
la corona divina. No la siente
porque nada le pesa
y como un Eros, haraposo, canta,
y corriendo se aleja.

TRISTEZA

Al lado de la gran ciudad se tiende
el río. Cieno
muy líquido. Parece
que no se mueve, que está muerto, pero
se mueve.

Justamente como es cieno
se va buscando el mar azul y limpio,
y hacia él, muy pesado, mueve el cuerpo,
sin detenerse nunca; siempre otro

aunque parezca el mismo.

Río muerto,
desde esta torre, mientras muere el día,
ensoñando lo veo
que se ensancha en un vasto semicírculo
y se pierde allá lejos
bajo la bruma gris, cortada a ratos
por un triángulo blanco.

Sobre el puerto
buques y buques se amontonan, y estos
parecen peces monstruos afanados
sobre un mismo alimento.

BORRADA...

El día que me muera, la noticia
Ha de seguir las prácticas usadas,
y de oficina en oficina al punto,
Por los registros seré yo buscada.

Y allá muy lejos, en un pueblecito
Que está durmiendo al sol en la montaña,
Sobre mi nombre, en un registro viejo,
Mano que ignoro trazará una raya.

ESTA TARDE

AHORA quiero amar algo lejano...
algún hombre divino
que sea como un ave por lo dulce,
que haya habido mujeres infinitas
y sepa de otras tierras, y florezca
la palabra en sus labios, perfumada:
suerte de selva virgen bajo el viento...

Y quiero amarlo ahora. Está la tarde
blanda y tranquila como espeso musgo.

Tiembla mi boca y en mis dedos finos
se deshacen mis trenzas poco a poco.

Siento un vago rumor... Toda la tierra
está cantando dulcemente... Lejos
los bosques se han cargado de corolas,
desbordan los arroyos de sus cauces
y las aguas se filtran en la tierra
así como mis ojos en los ojos
que estoy soñando embelesada...
Pero
ya está bajando el sol tras de los montes,
las aves se acurrucan en sus nidos,
la tarde ha de morir y él está lejos...
lejos como este sol que para nunca
se marcha y me abandona, con las manos
hundidas en las trenzas, con la boca
húmeda y temblorosa, con el alma
sutilizada, ardida en la esperanza
de este amor infinito que me vuelve
dulce y hermosa...

LA BELLEZA

Me rodean los niños
Y penetro sus almas.
Ahondo y tengo miedo:
La pasta humana es mala.
Muerde una frase; viene
Al sesgo una mirada.
Me ahogo de amargura.

La cerrada ventana
Abre un golpe de viento:

Me hiere la mirada
El limpio azul del cielo
Y esta visión me lava...

Manos que yo no veo
El alma me desatan
De nuevo; nuevamente
Creo en algo: se aplaca
Mi amargura, y de nuevo,
Digo, sin entenderlo:
¡gracias!

MIEDO

El niño se ha alejado de la casa un momento
Y se vuelve de pronto más ligero que el viento

El niño en el camino se paró de repente
Porque dormida estaba al sol una serpiente.

Con el juguete nuevo en las manos deshecho
El niño se recuesta tembloroso en mi pecho.

Y en la pequeña caja del cuerpo estremecido
Repercute sin tregua un violento latido.

Es el corazón suyo, que salta y se disloca,
Tanto, que ya parece subírsele a la boca.

Así cuando en las manos, aunque sean muy suaves,
Temblorosas de miedo se acurrucan las aves.

Sobre el pecho del niño mis dos manos coloco
Y siento que la entraña se aquieta poco a poco.

Luego el niño levanta la cabeza, me mira
Con sus ojos azules y muy quedo suspira.

EL OBRERO

Mujer al fin y de mi pobre siglo,
Bien arropada bajo pieles caras
Iba por la ciudad, cuando un obrero
Me arrojó, como piedras, sus palabras.

Me volví a él; sobre su hombro puse
La mano mía: dulce la mirada,
Y la voz dulce, dije lentamente:
—¿Por qué esa frase a mí? Yo soy tu hermana.

Era fuerte el obrero, y por su boca
Que se hubo puesto sin quererlo, blanda,
Como una flor que vence las espinas
Asomó, dulce y tímida, su alma.

La gente que pasaba por las calles
Nos vió a los dos las manos enlazadas
En un solo perdón, en una sola
Como infinita comprensión humana.

LA MIRADA

Mañana, bajo el peso de los años,
Las buenas gentes me verán pasar,
Mas bajo el paño oscuro y la piel mate
Algo del muerto fuego asomará.

Y oiré decir: ¿quién es esa que ahora
Pasa? Y alguna voz contestará:
—Allá en sus buenos tiempos, algo loca
Hacía versos. Hace mucho ya.

Y yo tendré mi cabellera blanca,
Los ojos limpios, y en mi boca habrá
Una gran placidez y mi sonrisa
Oyendo aquello no se apagará.

Seguiré mi camino lentamente,
Mi mirada a los ojos mirará,
Irá muy hondo la mirada mía,
Y alguién, en el montón, comprenderá.

¡AY!

Mi alma es como un mundo, me decía el que amaba;
Mi alma es como un mundo, no se puede mezclar,
Los mundos son redondos y los cuerpos redondos,
Solamente en un punto se pueden encontrar.

Pronunció las palabras y están en mis oídos
Y por mucho que viva no las podré olvidar:
Mi alma es como un mundo, me decía el que amaba,
Mi alma es como un mundo: no se puede mezclar!

VAN PASANDO MUJERES...

CADA día que pasa, más dueña de mí misma,
Sobre mí misma cierro mi morada interior;
En medio de los seres la soledad me abisma.
Ya ni domino esclavos, ni tolero señor.

Ahora van pasando mujeres a mi lado
Cuyos ojos trascienden la divina ilusión,
El fácil paso llevan de un cuerpo aligerado:
Se ve que poco o nada les pesa el corazón.

Algunas tienen ojos azules e inocentes;
Van soñando embriagadas, los pasos al azar;
La claridad del cielo se aposenta en sus frentes
Y como son muy finas se las oye soñar.

Sonrío a su belleza, tiemblo por sus ensueños,
El fino tul de su alma ¿quién lo recogerá?
Son pequeñas criaturas, mañana tendrán dueños,
Y ella pedirá flores... y él no comprenderá.

Les llevo una ventaja que place a mi conciencia:
Los sueños que ellas tejen no los supe tejer,
Y en manos ignorantes no perdí mi inocencia.
Como nunca la tuve, no la pude perder.

Nací yo sin blancura; pequeña todavía
El pequeño cerebro se puso a combinar;
Cuenta mi pobre madre que, como comprendía,
Yo aprendí muy temprano la ciencia de llorar.

Y el llanto fué la llama que secó mi blancura
En las raíces mismas del árbol sin brotar,
Y el alma está candente de aquella quemadura.
¡Hierro al rojo mi vida! ¿Cómo pude durar?

Alma mía, la sola: tu limpieza, escondida
Con orgullo sombrío, nadie la arrullará;
Si en música divina fuera el alma adormida,
El alma, comprendiendo, no despertara ya.

Tengo sueños mujeres, tengo un sueño profundo.
Oh humanos, en puntillas el paso deslizad;
Mi corazón susurra: me haga silencio el mundo
Y mi alma musita fatigada: callad!...

EL CANAL

En la dulce fragancia
De la dulce San Juan,
Recuerdos de mi infancia
Enredados están.

Mi casa hacia los fondos
Tendía su vergel;
Allí canales hondos
Entre abejas y miel.

De enrojecidas ondas
Y pequeño caudal
Era el mío, entre frondas,
Predilecto canal.

Vagas melancolías
Llevábanme a buscar
En los oscuros días
Aquel dulce lugar.

Barquitos trabajaba
En nevado papel
Y en el agua soltaba
Tan menudo bajel.

Y navegaban hasta
Que un recodo fugaz
Se interponía: basta!
No los veía más.

Y al perder mi barquito
Solíanme embargar
Ideas de infinito
Y rompía a llorar.

Niña: ya presentías
Lo que ocurrir debió:
Todo, por otras vías,
Se ha ido y no volvió.

PECHO BLANCO

PORQUE yo tengo el pecho blanco, dócil,
Inofensivo, debe ser que tantas
Flechas que andan vagando por el aire
Toman su dirección y allí se clavan.

Tú, la mano perversa que me hieres,
Si aquello es tu placer, poco te basta;
Mi pecho es blanco, es dócil y es humilde:
Suelta un poco de sangre... luego, nada.

EXALTADAS

A Julio Cejador.

QUEJA

SEÑOR, mi queja es esta,
Tú me comprenderás:
De amor me estoy muriendo,
Pero no puedo amar.

Persigo lo perfecto
En mí y en los demás,
Persigo lo perfecto
Para poder amar.

Me consumo en mi fuego
¡Señor, piedad, piedad!
De amor me estoy muriendo,
¡Pero no puedo amar!

EL RUEGO

SEÑOR, Señor, hace ya tiempo, un día
Soñé un amor como jamás pudiera
Soñarlo nadie, algún amor que fuera
La vida toda, toda la poesía.

Y pasaba el invierno y no venía,
Y pasaba también la primavera,
Y el verano de nuevo persistía,
Y el otoño me hallaba con mi espera.

Señor, Señor: mi espalda está desnuda:
¡Haz restallar allí, con mano ruda,
El látigo que sangra a los perversos!

Que está la tarde ya sobre mi vida,
Y esta pasión ardiente y desmedida
La he perdido, Señor, haciendo versos!

EL DOLOR DE LA TIERRA

MUCHO tiempo hace ya que el sol calcina
La tierra y está blanca y muy reseca;
No puede más: aguanta, aguanta, pero
Atormentada por las largas siestas
Un grito desde adentro se le sube
Y se parte, violenta, en una grieta.

La muerta boca de los labios secos
Que ha brotado en la tierra
Se estira al cielo y — ¡agua!
Ya pronunciar intenta.

ESCLAVA

Yo te seguí en la sombra como una
Sombra funesta de tu luz esclava
Y eras en mí como una espina brava.
Y eras en mí como piedad de luna.

Yo te seguí feroz como ninguna
Por tierras muertas entre fuego y lava;
Decía en llanto: si mi vida acaba
Tu espalda viendo lo tendré a fortuna.

Dulce tu alma como fruta a punto
La ví exprimirse sobre una alma blanca
Que ahora vive, con la tuya, junto.

Dolor aullidos de mi pecho arranca,
Mas al impulso de una fuerza loca
Cuando la besas tú, beso su boca.

EL CLAMOR

ALGUNA vez, andando por la vida,
Por piedad, por amor,
Como se dá una fuente sin reservas,
Yo dí mi corazón.

Y dije al que pasaba sin malicia
Y quizá con fervor.
—Obedezco a la ley que nos gobierna:
He dado el corazón.

Y tan pronto lo dije, como un eco
Ya se corrió la voz:
—Ved la mala mujer, esa que pasa:
Ha dado el corazón.

De boca en boca, sobre los tejados
Rodaba este clamor:
—¡Echadle piedras, eh, sobre la cara!
Ha dado el corazón.

Ya está sangrando, sí, la cara mía,
Pero no de rubor,
Que me vuelvo a los hombres y repito:
¡He dado el corazón!

LA QUE COMPRENDE...

Con la cabeza negra caída hacia adelante
Está la mujer bella, la mediana edad,
Postrada de rodillas, y un Cristo agonizante
Desde su duro leño la mira con piedad.

En los ojos la carga de una enorme tristeza,
En el seno la carga del hijo por nacer,
Al pie del blanco Cristo que está sangrando reza:
—Señor, el hijo mío que no nazca mujer!

AL HIJO DE UN AVARO

YA la avaricia te imprimió su huella
Sobre las carnes; la materia escasa
Recubre apenas tu armazón exiguo
De hombros estrechos.

Cabellos tienes desteñidos; mira
Como tu piel no brilla. Se repite
En tí el milagro de tu padre, el hombre
De ojos agudos.

¿Recuerdas tú? cuando eras niño apenas
Medio dormido entre la sombra, oías
Caer monedas, lenta, lentamente...
Una por una.

Como tu padre, a media noche anduvo
También tu abuelo en subterráneos, y antes,
El padre de su padre ya ambulaba
Bajo la tierra.

Mira tus dedos deprimidos, mira,
Mira la curva del pulgar derecho,
Menguado está como tu alma; mira!...
¿Miedo no sientes?

Ni los esclavos te aman... ah, no sabes
Cuán fácil aman los esclavos! Muestra
La bolsa tuya y llegarán cantando
Tus alabanzas.

Odias el sol pues te parece el oro
Que no pudiste conseguir. Te encierras
Por no mirarlo, cuando sale a darse
Sencillamente.

Cuando tus manos van a tus bolsillos
Temblor las mueve, que tu raza toda
Pesa en los dedos con que, apenas, tiendes
Su vil moneda.

Oh las mujeres que a tu lado pasan
Sienten el hielo de tus ojos y huyen
En sueños dulces a lejanos bosques
Primaverales.

Hijo de avaro, ven a mis rodillas,
Piedad me sobra.. recogí en los ojos
El cielo azul, y el mar, que es movimiento,
Filtró por ellos.

Hijo de avaro, recubrirte ansío
Con mis dos brazos y en los ojos grises
Mirarte fijo!... Como un soplo ardiente
Te daré el alma!

Te sentirás crecer: los hombros tuyos
Han de agrandarse; tus cabellos secos
Tomarán brillo y el pulgar menguado
La curva mía.

Hijo de avaro, ven a mis rodillas;
¡Nadie te amó! Encogido, tembloroso,
Nunca entendiste el bien de los humanos;
Unico: darse.

A ricos de alma le ofrecí mi alma
Toda, temblando de alegría; llega,
No tengas miedo, buitre, no se acaba
El pozo mío.

Que nadie es pobre como tú, el enjuto
De pecho y alma, el de los ojos grises,
El de los dedos comprimidos, secos...
Hijo de avaro!

LIGADURA HUMANA

IMBÉCIL sueño, que en el alma vives
Guardándole calor;
Estás acurrucado como un pobre
Mendigo en un portón.

Si por lo menos me dejaras libre
Podría, el corazón,
Lanzar gritos, diciendo que está solo
Y muere de dolor.

Pero no; te acurrucas en mi pecho
Y me velas la voz,
Y me atas a la vida miserable
Con tu poco calor.

En vano te desplazo a cada rato:
Con tu necio tesón,
Cuantas veces te arrojo cuantas vuelves
Porfiando: —¡no me voy!

NO HE DICHO...

No he dicho lo mejor que está en mi alma
Rebosándola al fin.
Pienso si alguna vez, en prosa o verso,
Lo extraeré de mí.

Cuesta mucho dolor, mucha fatiga...
Harta estoy de sufrir;
Y como nada vale nada al cabo,
Pues me tumbo a dormir!...

RAZÓN

LA QUIMERA

COMO los niños iba hacia oriente, creyendo
Que con mis propias manos podría el sol tocar;
Como los niños iba, por la tierra redonda,
Persiguiendo, allá lejos, la quimera solar.

Estaba a igual distancia del oriente de oro
Por más que siempre andaba y que volvía a andar;
Hice como los niños: viendo inútil la marcha
Cogí flores del suelo y me puse a jugar.

EL ENSAYO

Si el corazón me fuera percutido
Pudiera ser que resonara a muerto,
Pero pudiera ser que diese ruido
De pájaros cantores en un huerto.

Es verdad que a morir, desde nacido,
Este buen corazón se va ensayando,
Pero, ensayos de un drama no aprendido,
Así vive, cayendo y levantando.

Las veces que ha cambiado de postura
No son una por cierto, sino cien,
Que el arte de morir es cosa dura:

LA RONDA DE LAS MUCHACHAS

VENID, muchachas bellas,
El parque alegre está.
Formemos una ronda
Y demos en cantar.

Venid, el cuerpo envuelto
En un blanco sayal.
Venid, los ojos bajos
En divina humildad.

Cegaremos el fauno
Que curioseando está.
Y luego rodearemos
El mármol Castidad.

Y bajo el cielo limpio
La ronda cantará:
—Dioses, os damos gracias
De cómo nos tratáis.

—Desde viejas edades,
¿Quién se puede quejar?
Nos crían muy rosadas
Para el buen gavilán.

LA MISERIA

Corazón mío, dime: ¿qué es aquello
Que así defiendes de la humana feria
Al esconderlo tanto? ¿Un sueño bello?
Y el corazón responde: —mi miseria.

—Oh, con tan fiero empeño no lo escondas:
Los seres que circulan a tu lado
Te robarán acaso dichas hondas
Y todo sueño te será robado.

Mas tu miseria no: cese tu lidia;
Muestra tranquilo el fondo que la encierra.
Tu miseria es un bien que no se envidia;
Nadie te lo disputará sobre la tierra.

Todos celan su bien, pues por sus obras
Temen con el temor de las abejas,
Tú, más feliz, ya puedes, sin zozobras,
Lucir tu solo bien ¿de qué te quejas?

LA PESCA

Al borde de la vida,
Los hombres, en pescar,
Se pasan todo el tiempo:
Quién menos y quién más.

Atropellando vienen
Sus puestos a ocupar,
Traen grandes carnadas
Y piensan: picarán.

Arriba el cielo limpio
Muy quietecito está
Y abajo, con su anzuelo,
Todos vienen y van.

Pescador: no te apures,
Deja el anzuelo en paz,
La muerte, ten seguro,
No se te escapará.

LA ARMADURA

Mujer: tú la virtuosa, y tú la cínica
Y tú la indiferente o la perversa;
Mirémosnos sin miedo y a los ojos:
Nos conocemos bien. Vamos a cuentas.

Bajo armadura andamos: si nos sobra
El alma, la cortamos; si no llena,
Por mengua, la armadura, pues la henchimos:
Con la armadura andamos siempre a cuestas.

¡Armadura feroz! Mas conservadla.
Si algún día destruirla pretendiérais,
Del sólo esfuerzo de arrojarla lejos
Os quedaríais como yo, bien muertas.

SIGLO XX

Me estoy consumiendo en vida,
Gastando sin hacer nada,
Entre las cuatro paredes
Simétricas de mi casa.

¡Eh, obreros! ¡Traed las picas!
Paredes y techos caigan,
Me mueva el aire la sangre,
Me queme el sol las espaldas.

Mujer soy del siglo XX;
Paso el día recostada
Mirando, desde mi cuarto,
Cómo se mueve una rama.

Se está quemando la Europa
Y estoy mirando sus llamas
Con la misma indiferencia
Con que contemplo esa rama.

Tú, el que pasas; no me mires
De arriba a abajo; mi alma
Grita su crimen, la tuya
Lo esconde bajo palabras.

LA ESTATUA

A orillas del agua pusieron la estatua,
Entre juncos verdes, quizá para que
Procure mirarse, ella que no siente
Y ella que no ve.

Así, junto al agua, yo que veo y siento,
Desearía estarme del tiempo a merced...
Mas lo que yo anhelo lo tiene la estatua
Que no puede ver.

El caso es muy viejo: lo que me sucede
A todos los hombres le ha de suceder,
Hasta que cansado se exclama algún día:
Mejor... Para qué.

CHARLA

UNA voz en mi oído graves palabras vierte:
—¿ Por qué, me dice, no eres, oh tú, la mujer fuerte

Es bella la figura de la mujer heroica
Cuidando el fuego sacro con su mano de estoica.

Y yo sonrío y digo: la vida es una rueda.
Todo está bien. Lo malo con lo bueno se enreda.

Si unas no parecieran desertoras vestales,
En fuga hacia las dulces, paganas bacanales,

Las otras no tendrían valor de mujer fuerte:
La vida, al fin de cuentas, se mide por la muerte.

Ya ves: con mis locuras en verso yo he logrado
Distraerte un momento y hacerte más amado

El fino y blanco nombre de la mujer que quieres,
Reservada y discreta: espuma de mujeres.

¿Qué más pides? Con algo contribuí a tu vida,
Pensaste, comparaste; voló el tiempo enseguida.

Mas ni con eso tengo yo tu agradecimiento.
¡Oh, buen género humano: nunca quedas contento!

FRÍOS

Un frío crudo desató sus nuevas
Y la gente apurada, a tropezones,
Por la ciudad y como los ratones
Busca sus cuevas.

Al verlos por las calles enfilados,
Cuellos y manos por el paño ocultos,
En abrigos y pieles enfundados,
Parecen bultos.

Pero allá arriba, cielo azul y luna
Nunca tan limpios vió la vista mía.
Mientras la gente tiembla el cielo es una
Bella ironía.

Parece que una voz que descendiera
Del limpio cielo azul desdeñadora,
Riendo de su daño les dijera:
—¡Oidme ahora!

ASÍ ES...

Unas veces mis versos han nacido
Del ideal.

Otras del corazón y de la angustia
En tempestad.

Otras de alguna sed como divina
Que pide hablar.

Pero otras muchas, hombres, los ha escrito
Mi vanidad.

Soy, como todos, una pobre mezcla
De lo divino al fin y lo bestial.

POEMAS FINALES

BUENOS AIRES

BUENOS Aires es un hombre
Que tiene grandes las piernas,
Grandes los pies y las manos
Y pequeña la cabeza.

(Gigante que está sentado
Con un río a su derecha,
Los pies monstruosos movibles
Y la mirada en pereza)

En sus dos ojos, mosaicos
De colores, se reflejan
Las cúpulas y las luces
De ciudades europeas.

Bajo sus pies, todavía
Están calientes las huellas
De los viejos querandíes
De boleadoras y flechas.

Por eso cuando los nervios
Se le ponen en tormenta
Siente que los muertos indios
Se le suben por las piernas.

Choca este soplo que sube
Por sus pies, desde la tierra,
Con el mosaico europeo
Que en los grandes ojos lleva.

Entonces sus duras manos
Se crispan, vacilan, tiemblan,
¡A igual distancia tendidas
De los pies y la cabeza!

Sorda esta lucha por dentro
Le está restando sus fuerzas,
Por eso sus ojos miran
Todavía con pereza.

Pero tras ellos, velados,
Rasguña la inteligencia
Y ya se le agranda el cráneo
Pujando de adentro afuera.

Como de mujer en cinta
No fíes en la indolencia
De este hombre que está sentado
Con el Plata a su derecha.

Mira que tiene en la boca
Una sonrisa traviesa,
Y abarca en dos golpes de ojo
Toda la costa de América.

Ponle muy cerca el oído;
Golpeando están sus arterias:
¡Ay, si algún día le crece
Como los pies, la cabeza!

EL CEMENTERIO QUE MIRA AL MAR

En el Buceo de Montevideo.

Decid, oh muertos, ¿quién os puso un día
Así acostados junto al mar sonoro?
Comprendía quién fuera que los muertos
Se aburren ya del canto de las aves
Y os han puesto muy cerca de las olas
Porque sintáis del mar azul, el ronco
Bramido que da miedo?

Os estáis junto al mar que no se calla
Muy quietecitos, con el muerto oído

Oyendo como crece la marea,
Y aquel mar que se mueve a vuestro lado,
Es la promesa no cumplida, de una
Resurrección.

En primavera, el viento, suavemente,
Desde la barca que allá lejos pasa,
Os trae risas de mujeres... Tibio
Un beso viene con la risa, filtra
La piedra fría, y se acurruca, sabio,
En vuestra boca y os consuela un poco...

Pero en noches tremendas, cuando aúlla
El viento sobre el mar y allá a lo lejos
Los hombres vivos que navegan tiemblan
Sobre los cascos débiles, y el cielo
Se vuelca sobre el mar en chorros de agua,
Vosotros, los eternos contenidos,
No podéis más, y con esfuerzo enorme
Levantáis las cabezas de la tierra
Y en un lenguaje que ninguno entiende
Gritáis: — Venid, olas del mar, rodando,

Venid de golpe y envolvednos como
Nos envolvieron, de pasión movidos,
Brazos amantes. Estrujadnos, olas,
Movednos de este lecho donde estamos
Horizontales, viendo como pasan
Los mundos por el cielo, noche a noche...
Entrad por nuestros ojos consumidos,
Buscad la lengua, la que habló, y movedla,
Echadnos fuera del sepulcro a golpes!

Y acaso un día conmovido el monstruo
De las espaldas jorobadas, oiga
Vuestro llamado, monte por la playa,
Y os cubra al fin terriblemente hinchado!
Entonces, como obreros que comprenden,
Se detendrán las olas y leyendo
Las lápidas inscriptas, poco a poco
Las moverán a suaves golpes, hasta
Que las desplacen, lentas, y os liberten.
¡Oh, qué hondo grito el que daréis, qué enorme
Grito de muerto, cuando el mar os coja
Entre sus brazos, y os arroje al seno
Del grande abismo que se mueve siempre!

Brazos cansados de guardar la misma
Horizontal postura; tibias largas,
Calaveras sonrientes; elegantes
Fémures corvos, confundidos todos,
Danzarán bajo el rayo de la luna
La milagrosa danza de las aguas
Con feroz alegría!

Y algunas desprendidas cabelleras,
Rubias acaso, como el sol que baje
Curioso a veros, islas delicadas
Formarán sobre el mar y acaso atraigan
A los pequeños pájaros viajeros.

LETANÍAS DE LA TIERRA MUERTA

A Gabriela Mistral.

LLEGARÁ un día en que la raza humana
Se habrá secado como planta vana,

Y el viejo sol en el espacio sea
Carbón inútil de apagada tea.

Llegará un día en que el enfriado mundo
Será un silencio lúgubre y profundo:

Una gran sombra rodeará la esfera
Donde no volverá la primavera;

La tierra muerta, como un ojo ciego,
Seguirá andando siempre sin sosiego,

Pero en la sombra, a tientas, solitaria,
Sin un canto, ni un ¡ay!, ni una plegaria.

Sola, con sus criaturas preferidas
En el seno cansadas y dormidas.

(Madre que marcha aún con el veneno
De los hijos ya muertos en el seno).

Ni una ciudad de pie... Ruinas y escombros
Soportará sobre los muertos hombros.

Desde allí arriba, negra, la montaña
La mirará con expresión huraña.

Acaso el mar no será más que un duro
Bloque de hielo, como todo oscuro.

Y así, angustiado en su dureza, a solas
Soñará con sus buques y sus olas,

Y pasará los años en acecho
De un solo barco que le surque el pecho.

Y allá, donde la tiera se le aduna,
Ensoñará la playa con la luna,

Y ya nada tendrá más que el deseo
Pues la luna será otro mausoleo.

En vano querrá el bloque mover bocas
Para tragar los hombres, y las rocas

Oir sobre ellas el horrendo grito
Del náufrago clamando al infinito:

Ya nada quedará: de polo a polo
Lo habrá barrido todo un viento solo:

Voluptuosas moradas de latinos
Y míseros refugios de beduinos;

Oscuras cuevas de los esquimales
Y finas y lujosas catedrales;

Y negros, y amarillos y cobrizos,
Y blancos, y malayos y mestizos,

Se mirarán entonces bajo tierra
Pidiéndose perdón por tanta guerra.

De las manos tomados, la redonda
Tierra, circundarán en una ronda.

Y gemirán en coro de lamentos:
—¡Oh cuántos vanos, torpes sufrimientos!

—La tierra era un jardín lleno de rosas
Y lleno de ciudades primorosas;

—Se recostaban sobre ríos unas,
Otras sobre los bosques y lagunas.

—Entre ellas se tendían finos rieles,
Qu'eran a modo de esperanzas fieles,

—Y florecía el campo, y todo era
Risueño y fresco como una pradera;

—Y en vez de comprender,puñal en mano
Estábamos, hermano contra hermano;

—Calumniábanse entre ellas las mujeres
y poblaban el mundo mercaderes;

—Ibamos todos contra el que era bueno
A cargarlo de lodo y de veneno...

—Y ahora, blancos huesos, la redonda
Tierra rodeamos en hermana ronda.

—Y de la humana, nuestra llamarada,
Sobre la tierra en pie no queda nada !

* * *

Pero quién sabe si una estatua muda
De pie no quede aún sola y desnuda.

Y así, surcando por las sombras, sea
El último refugio de la idea.

El último refugio de la forma
Que quiso definir de Dios la norma,

Y que, aplastada por su sutileza,
Sin entenderla, dió con la belleza.

Y alguna dulce, cariñosa estrella,
Preguntará tal vez — ¿quién es aquella?

—¿Quién es esa mujer que así se atreve,
Sola, en el mundo muerto que se mueve?

Y la amará por celestial instinto
Hasta que caiga al fin desde su plinto.

Y acaso un día, por piedad sin nombre
Hacia esta pobre tierra y hacia el hombre,

La luz de un sol que viaje pasajero
Vuelva a incendiarla en su fulgor primero,

Y le insinúe: — Oh, fatigada esfera:
¡Sueña un momento con la primavera!

—Absórbeme un instante: soy el alma
Universal que muda y no se calma...

¡Cómo se moverán bajo la tierra
Aquellos muertos que su seno encierra!

¡Cómo pujando hacia la luz divina
Querrán volar al que los ilumina!

Mas será en vano que los muertos ojos
Pretendan alcanzar los rayos rojos.

¡En vano! ¡En vano!... Demasiado espesas
Serán las capas, ay, sobre sus huesas!...

Amontonados todos y vencidos,
Ya no podrán dejar los viejos nidos,

Y al llamado del astro pasajero
Ningún hombre podrá gritar: ¡yo quiero!...

LA COPA

I

ALLÁ detrás del mar, un gran sepulcro,
Francia, los hombres guarda que murieron.

Desde los cuatro puntos de la tierra
sintieron los clarines de la muerte,

pero no claros, que su voz llegaba
con un sonido engañador y extraño.

Y pensaron ¿quién suena aquella caña
que atrae como fémina desnuda?

Oh, que no vieron que la boca estaba
negra, al sonar la flauta misteriosa.

Y dijeron: ¡volemos! y "volemos"
repitió el aire por la tierra curva.

Y vistieron los hombres traje oscuro
y las mujeres llanto bajo el Cristo.

Y salvaron los mares, y salvaron
las tierras frías y el desierto ardiente.

Y allá en el centro estaba Francia oyendo
lejano el vuelo de los hombres, hasta

que en tierra suya se juntaron todos
bajo el clarín nervioso de la muerte.

II

Ya duermen en tu seno; ya cumplida
en sed está de la Sirena Negra.

Urnas de oro tus museos guardan
Francia, la esencia de las razas todas,

y urnas de tierra, tus sepulcros guardan
la carne triste de las razas todas.

Unida estás al mundo por sus muertos,
como una planta al suelo por raíces.

Como esposa al esposo por sus frutos,
como alma al cuerpo vil por su vergüenza.

Allí tus propios hijos, con la flecha
de la humorada, sobre el labio muerto.

Allí los hijos de la tierra nuestra,
los argentinos dulces, voluptuosos,

que amaban tu París con una blanda
pereza de llanura que se duerme.

Allí nuestros hermanos, los del Norte,
que fueron a jugar como en sus parques

olímpicos, el juego de la muerte,
los piés enormes y la risa sana.

Allí los ojos claros, cristalinos,
de los rubios ingleses familiares.

(Vuela un beso sobre ellos y una dulce
muchacha pasa como en sus canciones).

Allí los italianos, con el fuego
de Roma ardiendo en las pupilas fijas.

Allí los rusos, con sus grandes libros
de tapas negras y la espalda corva.

Allí los belgas con las manos duras
sobre el cuelo del águila potente.

Y allí tus enemigos: ¡cuántos, cuántos!
¡Ah, no podrás librarte de su sombra!

Y allí los españoles, los eslavos,
los servios, los rumanos, los polacos.

Y allí, guardado en los cerebros mudos,
las montañas del Asia, los desiertos

del Africa, la nieve de los polos,
los trópicos ardientes de la América.

Todo eso envuelto bajo tierra en una
sombra, oh sepulcro de los hombres todos!

III

Y pasarán los siglos por la tierra,
y pasarán los siglos por la tierra...

Y el gran Sepulcro mezclará sus muertos
y fundirá sus cuerpos en la tierra. .

Y acaso se haga andando largo tiempo
Una rosada arcilla muy süave.

Y una raza de artistas alfareros
trabaje allí las delicadas formas.

Y alguien haga quizá una copa fina,
una copa sutil de línea pura.

Y con dedos rosados, una mano
la golpee una tarde soleada,

y suene al fin de una manera extraña
con sonidos humanos y divinos.

Y se dirán: ¿Por qué la copa canta?
Y buscarán sus signos ignorados.

Y correrá una voz: allá una copa
de arcilla canta. Allá en lejana tierra.

Y llegarán como en antiguos tiempos
al mismo sitio los lejanos seres.

Y escucharán, escucharán la copa
con un terror sagrado, involuntario.

Y uno dirá — palabras son de un libro
de tapas negras... Otros: — son cristianos

salmos... Aquel: — ese es el viento frío
que sopla en las estepas... — es un beso.

—Látigos de cosacos... — Un gemido
de moribundo... — llantos en la noche...

Y dirán: esa música la oímos
Y no sabemos dónde, cómo y cuándo.

Y postrarán las frentes en la tierra
y llorarán con un furor divino.

Y querrán recordar algo lejano,
muy lejano, muy hondo, muy oscuro...

Y acaso adorarán aquella copa.
Mas su secreto lo sabrán los muertos.

INDICE

MOTIVOS LÍRICOS E ÍNTIMOS — Pág.